

Xosé Carlos Arias
y Antón Costas

La nueva piel
del capitalismo



Antón Costas es catedrático de Política Económica en la Universidad de Barcelona y presidente del Círculo de Economía. Autor de numerosos libros y artículos en torno a las políticas de liberalización, el análisis de reformas y la relación entre ideas e intereses, entre ellos, *La crisis de 2008. De la economía a la política y más allá*. Es columnista de *El País*, *El Periódico* y *La Vanguardia*. Junto a Xosé Carlos Arias es autor del libro *La torre de la arrogancia* (Ariel, 2ª edición, 2012)



Xosé Carlos Arias es catedrático de Política Económica en la Universidad de Vigo. Entre sus últimos libros publicados destaca la coedición de *Nuevo institucionalismo: gobernanza, economía y políticas públicas* (CIS, 2013), así como capítulos en libros de editoriales internacionales como Springer, Routledge o Intersentia. Es columnista de *La Voz de Galicia*. Junto a Antón Costas es autor del libro *La torre de la arrogancia* (Ariel, 2ª edición, 2012)

La economía de mercado ha experimentado una profunda transformación en las últimas décadas, al principio de una forma silenciosa y luego con notable estruendo. En el capitalismo de ahora destacan tres rasgos novedosos. El primero es la dimensión ultrafinanciera, con los mercados de capital situados fuera de cualquier escala razonable. El segundo, la creciente desigualdad, que origina amenazas para algunos de los grandes progresos que las sociedades avanzadas alcanzaron a mediados del siglo pasado. Y el tercero, una dinámica de internacionalización que abre nuevos caminos para la prosperidad, aunque también grandes riesgos, debido sobre todo a su composición muy desequilibrada.

Esos tres rasgos, que guardan densas relaciones entre sí, se vieron exacerbados a partir de la explosión de la gran crisis financiera de 2008. Pero también mostraron entonces sus múltiples e intrincadas contradicciones. Y no sólo en el ámbito estrictamente económico, en el que la posibilidad de un crecimiento lento en una perspectiva a largo plazo se ha ido haciendo cada vez más verosímil. También se plantean notables interrogantes para el futuro de la democracia, ya que la lógica de los mercados y la de la política democrática avanzan por sendas diferentes. Y en relación con todo ello, surge asimismo una amenaza para el proyecto de integración europea, pues la transformación económica de fondo ha acabado por mostrar las deficiencias estructurales sobre las que aquel proyecto fue diseñado.

En este libro, Xosé Carlos Arias y Antón Costas estudian con detalle las principales ideas y la sucesión de acontecimientos que están contribuyendo a la conformación de una nueva piel del capitalismo.

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

Xosé Carlos Arias y Antón Costas

La nueva piel del capitalismo

Prólogo de
Josep Ramoneda

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre 2016

© Xosé Carlos Arias, 2016
© Antón Costas, 2016
© del prólogo: Josep Ramoneda, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016
Imagen de portada: © Estudio Pep Carrió, 2016

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-64-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

¿Es posible moralizar el capitalismo?

1.- Dos economistas interpelan a la economía con preguntas que han sido sistemáticamente dejadas de lado por el *mainstream* del pensamiento económico, convertido en fundamento de la hegemonía ideológica actual. Este ejercicio de tomar distancia de la propia disciplina para entender mejor las transformaciones del mundo, adoptando un punto de vista que los acerca a otras perspectivas, como la filosófica, es para mí el gran atractivo metodológico de este libro. Late en la actitud de Xosé Carlos Arias y de Antón Costas una disposición crítica con el positivismo dogmático (o si se prefiere la ideología cientista) que entiendo como lo pretensión de propiciar el retorno de la economía a su casa: el regreso al hogar de las humanidades del que nunca debería haber escapado. Sin duda corren el riesgo de ser descalificados como «negacionistas», según el criterio de Pierre Cahuc y André Zylberberg, que equiparan a los que ponen en cuestión los hallazgos de la ciencia económica a los negacionistas de Auschwitz o del cambio climático. Fascinados por el modelo de las ciencias naturales, atraídos por este imán irresistible que es el poder, algunos economistas buscaron en el modelo científico la garantía de legitimidad intelectual de su trabajo, intentando tomar un atajo que les diera una autoridad irrefutable para convertirse en garantes de las políticas en curso. Olvidaban así el sabio consejo metodológico de Keynes: «La economía es una ciencia moral y no una ciencia natural. Apela a juicios de

valores». De modo que la pluralidad del discurso económico es esencial para el propio devenir de la democracia.

Siempre he pensado que la pretensión de las ciencias sociales de homologarse a las naturales es un desatino, un salto epistemológico en el vacío. Y la asunción del principio de elección racional como sustento de esta pretensión lo ratifica. No ha servido para conocer mejor la compleja economía del deseo y de las elecciones humanas, sino para legitimar el modelo ideológico que ha dominado los últimos treinta años: la reducción de la experiencia humana a la economía y del ciudadano a sujeto económico autosuficiente. Algún día se escribirá –de momento sólo hay algún testimonio más bien periodístico– la historia de la relación entre mundo universitario y dinero en el camino que condujo hasta la crisis de 2008, en que se ha confirmado que siempre que se pierde la noción de límites, siempre que se cree que todo es posible, se alcanzan resultados catastróficos. En este viaje el discurso económico dominante y algunas de las más loadas instituciones académicas han dejado varios girones de su prestigio. Y no abundan los indicios que permitan pensar que se ha aprendido la lección. Lo cual hace especialmente atractiva la apuesta de Arias y Costas.

Desde Nietzsche no hay coartada para confundir la verdad verdadera de la falsa verdad o, dicho de otra manera, la verdad que nace del conocimiento y la verdad epocal de cada momento (aquellas ficciones que operan como verdades incontestadas e incontestables de una época). Y una de las tareas de las ciencias sociales es precisamente señalar – y no cegar– esta diferencia. Para ello hay que tomar distancia, es decir, asumir la perspectiva de las humanidades que tanto estorban a algunos. Las ciencias sociales se mueven en un territorio proceloso: su vocación es el conocimiento y su participación en el debate público las sitúa en el terreno de las opciones y de la toma de decisiones. Pretender que la política sea cautiva de una presunta (e incontestable) ver-

dad científica de la economía, en pleno desprecio de la complejidad cultural, institucional y de la economía del deseo, es una vía directa al autoritarismo al reducir al ciudadano a hombre unidimensional.

2.- Sabido es que la fuerza del capitalismo es su capacidad de mutar y adaptarse a los cambios. Hay muchas decantaciones del capitalismo según cada lugar y circunstancia, Arias y Costas centran su mirada en cómo ha ido mudando su piel, después de los excesos del cambio de siglo y en la travesía de la crisis. Y lo hacen a partir de tres niveles de interpelación. A la propia disciplina económica: ¿qué vínculos existen entre los argumentos y la realidad? A la relación entre economía capitalista y política: ¿cómo encontrar el justo equilibrio entre la lógica del mercado y la lógica política del interés general? Al propio destino del capitalismo, en un momento en que parece incontestado e incontestable: ¿adónde va, cuáles son sus próximas decantaciones? No es irrelevante que Arias y Costas hablen de argumentos y no de teorías, definen con ello la interrelación entre pensamiento y acción propios de una cultura política democrática.

¿Qué encuentran en este recorrido? ¿Cuáles son las manchas más evidentes en la nueva piel del capitalismo? Ciertamente, lo primero que deslumbra la mirada es el cambio de escala, que desequilibra la relación entre poder económico –global– y poder político –nacional y local– y crea poderes contramayoritarios de dudosa legitimidad; el desplazamiento hacia una hegemonía ultrafinanciera –que acelera la secesión del dinero respecto a la sociedad–, el poder económico ya no tiene patria; y la marcada tendencia a la desigualdad, que se ha convertido en problema capital de los países antes llamados del primer mundo, donde inmensas clases medias habían llegado a creer que jamás volverían a beber de este cáliz. Estas tres tendencias podría decirse que en el razonamiento de Arias y Costas concluyen en una: «El notable deterioro del contexto moral

en el cual opera la dinámica de los mercados». No sería la primera vez en la historia que, en un proceso de cambio de escala de la economía, lo primero que se globaliza es el dinero y el crimen. Poder de los monopolios sobre el mercado, impotencia de la política, ruptura del equilibrio entre capitalismo y democracia, facturas sociales irreducibles, un proceso especialmente sensible en Europa, que ve cuestionado un modelo singular de bienestar y cohesión social que tenía ambición universal y que ahora es ridiculizado como melancolía del pasado.

3.- ¿Es posible la moralización del capitalismo? Arias y Costas buscan la salida a su reflexión crítica a partir de esta pregunta. Hablar de moral –que no es lo mismo que hablar de ética– nos sitúa en el terreno de los valores. Valores quiere decir prioridades, finalidades, marcos referenciales compartidos. ¿Conoce el capitalismo otra prioridad que los resultados? La desigualdad desvertebra la sociedad, excluye a amplios sectores de la ciudadanía del reconocimiento, alimenta las ideologías y creencias que desprecian a los perdedores, niega el derecho a las personas a una vida digna, y, sin embargo, el único argumento que adquiere carta de naturaleza es el de la eficiencia. Sólo si se prueba que la desigualdad es ineficiente para el sistema es susceptible de ser tomada en consideración en una cultura que sólo sabe de ganancias.

Cierto que los padres fundadores de la economía moderna y de la tradición liberal tenían la exigencia moral en sus oraciones. Decía Adam Smith que la admiración acrítica de la riqueza era «la causa más grande y más universal de corrupción de nuestros sentimientos morales». Y John Stuart Mill remachaba: «La idea de una sociedad en la que los únicos vínculos son las relaciones y los sentimientos que surgen del interés pecuniario es básicamente repulsiva». Pero, desde mi punto de vista, el problema es que capitalismo y moral son por definición incompatibles. La moral supone una idea de límites. Si tuviera que escribir una *mini-*

ma moralia la reduciría a dos principios: «No todo es posible». «Todo podría haber sido de otra manera.» El capitalismo busca la ruptura de los límites: siempre más. A la hora de decidir, el criterio es la cuenta de resultados. Gana el que crece. De modo que el capitalismo, que goza de una singular capacidad de adaptación y mutación que le permite sobrevivir de mil maneras, sólo es moralizable (susceptible de aceptar límites) bajo presión. Es decir, en una situación en que el rechazo a ceder amenace el cálculo de riesgos y beneficios.

Podría pensarse que los Treinta gloriosos, la Europa de los años cincuenta y sesenta, tan mitificados hoy por la nostalgia de lo perdido, son un momento de moralización del capitalismo. Fue la capacidad de intimidación de la Unión Soviética (y del movimiento obrero), el miedo, lo que hizo posible que se aceptaran las concesiones necesarias para una sociedad más equitativa. Cuando se acabó la amenaza, rápidamente se olvidó de nuevo la noción de límites. Y se abrió la senda naturalista: la falsa creencia de que la economía de mercado –un invento bien reciente– es el modo de hacer de la especie. Y que, por tanto, es una verdad irrefutable que está por encima de las personas y de las instituciones. Descrédito de la política, apología de los expertos, cuestionamiento de la soberanía, democracias descafeinadas en que se estrecha cada vez más el marco de lo posible, fractura social al alza.

La moral del capitalismo es nihilista, como se ha visto en los años noventa y en la primera década de este siglo: todo está permitido. Es la del beneficio y del crecimiento ilimitado. Si de lo que hablamos es de poner límites, el capitalismo, como tal, no es moralizable, su tendencia natural es al abuso de poder: quien gana arrasa, el perdedor no cuenta. Es la ciudadanía la que debe encontrar la respuesta moral (es decir, mover la hegemonía, cambiar los valores) y su traducción política. Lo que se puede y se debe hacer es ponerle los límites que la dinámica capitalista nunca se pondrá

espontáneamente. Y esto sólo tiene un marco posible: la política democrática. El poder político en tanto que poder de los que no tienen poder. Y para eso hay que defender la autonomía de la política, hoy tan devaluada, y la fortaleza de las instituciones democráticas, hoy minadas por la corrupción y por un burocratismo estéril.

La relación entre capitalismo y democracia es un equilibrio muy precario, siempre con riesgo para la democracia. En realidad es una contradicción en los términos: el principio económico de desigualdad, frente al principio político de igualdad. No hay nada natural en la relación entre capitalismo y democracia. Y está probado que el capitalismo se mueve a su antojo en sistemas autoritarios, de la España de Franco al Chile de Pinochet, los ejemplos son legión. Si faltaba alguna prueba, se ha demostrado la fulgurante compatibilidad entre el despotismo asiático –aún disfrazado de comunismo chino– y el crecimiento y el desarrollo capitalista. Sólo una política democrática eficiente, asentada en la soberanía de los ciudadanos, puede poner coto a los excesos espontáneos del capitalismo. La democracia es un ingenio delicado para evitar el abuso de poder. Por eso son tan peligrosas las doctrinas en curso que pretenden trasladar su eje de la ciudadanía a los expertos (constructores de las falsas verdades del momento), de la participación a la indiferencia, de la confrontación ideológica al discurso del «No hay alternativa». Contra este estado de cosas reaccionan dos economistas humanistas, Xosé Carlos Arias y Antón Costas, que, en la vorágine, abogan por un capitalismo inclusivo «capaz de reconciliar la lógica económica con una idea de democracia y moral cívica», como base de construcción de un nuevo progresismo que nos salve «de la decadencia y la barbarie».

JOSEP RAMONEDA

Introducción

I

Más de ocho años han transcurrido desde que un abismo se abrió en la economía internacional con la caída del banco de inversión Lehman Brothers. En aquel momento, a lo largo de unas pocas horas o días, el mundo descubrió que las bases de la economía eran mucho más frágiles de lo que se creía, percibiendo de pronto que toda una era tocaba a su fin: aquel período de más de dos décadas que con buenas dosis de voluntarismo muchos habían comenzado a llamar la *Gran Moderación*. En el otoño de 2008 tanto en la academia como en los gobiernos o las agencias internacionales muchos observadores detectaron que el sistema financiero global se encontraba ante un riesgo muy real de colapso, advirtiendo del terrible impacto que ello tendría sobre la actividad productiva o el comercio mundial. Las comparaciones con la Gran Depresión de los años treinta no tardaron en aparecer.

Ciertamente, a lo largo de estos últimos años hemos visto fenómenos que creíamos habían quedado ya muy alejados en la historia: una persistente situación de trampa de liquidez; amenazas de deflación; la puesta en marcha de políticas monetarias completamente contrarias a lo que los manuales señalaron durante décadas como buenas prácticas; la posibilidad de una cadena de insolvencias de estados de países desarrollados... En relación con todo ello, lo que ahora cabe preguntarse es, después de tantos años,

hasta qué grado los problemas que surgieron a lo largo de aquel durísimo otoño del inicio de la crisis, y los que fueron apareciendo en los años siguientes, han sido ya corregidos.

¿Lo han sido? Sólo en cierta medida, lo cual, después de tanto desgaste y sufrimiento, representa un resultado altamente decepcionante. En este libro se pasa revista a esa evolución, examinando las razones de lo que no puede calificarse sino como fracaso colectivo. En el fondo de ese análisis irá apareciendo la idea de que, con la gran crisis financiera y sus consecuencias, algunos de los lazos principales que nos unían al pasado en el complejo tejido de nuestros problemas económicos ya se han roto. Y con ello, una diversidad de tendencias, amenazas, oportunidades y riesgos nuevos se van afirmando ante nuestros ojos de cara al futuro (al menos en la perspectiva de la próxima década).

Es obvio que el peso de las distintas regiones del globo está cambiando (probablemente en favor de lo que solíamos llamar países en desarrollo), pero para el mundo industrializado es difícil no atisbar un largo período de crecimiento mediocre y una crónica y recurrente inestabilidad macroeconómica, al menos en el caso de permanecer en la inercia de las actitudes y respuestas políticas de los últimos años. Algo que vale, sobre todo, para el caso de la vieja y querida Europa. ¿Qué habría que cambiar, dónde situar el énfasis para proceder a un verdadero viraje que permita dejar atrás las apagadas expectativas actuales? Aunque en ningún caso pretendemos recoger un inventario extenso de posibles alternativas y soluciones, en los capítulos que siguen se intenta detectar los principales errores del pasado reciente y los nudos que sería necesario aflojar para ver el tiempo que viene con mayor optimismo. Lo que en último término nos proponemos con este ensayo es introducir una reflexión general sobre el sentido histórico de esta crisis.